

Jueves 17 de noviembre de 2015

Che, bandoneón

Como todos los días, Saluzzi sigue estudiando con la misma pasión que en sus comienzos, buscándole nuevos sonidos al "fueye".



DINO SALUZZI

"Hoy, mis discos no se venden en la Argentina"

Es el flamante ganador del premio Konex de Brillante, otorgado al músico más destacado de la década. A los 80 años, es reconocido mundialmente como un genio del bandoneón, pero prácticamente desconocido en nuestro país: hace muy pocas presentaciones y sus temas no se editan.

Por Norberto Chab
Fotos: Christian Beliera y Diego Soldini



El mejor de los mejores

Luis Ovsejevich (presidente de la Fundación Konex) y Raúl Lavié (presidente del jurado y ganador de

dos Konex en 1995 y 2005) entregan la distinción al maestro. **Abajo:** Los premiados en las veintiún disciplinas correspondientes a Música Popular Argentina, reconocimiento

que se otorga una vez cada diez años. Entre otros, Amelita Baltar, Fabi Cantilo, Divididos, El Indio Solari, Pedro Aznar, Sandra Mihanovich, Babasónicos y Miguel Cantilo.

Volvamos al gran momento. Anuncian el Konex de Brillante a la personalidad de la música más destacada de la década. Usted sube, lo recibe y agradece. ¿En qué piensa?

Dino Saluzzi respira hondo. En el amplio monoambiente que le sirve como estudio se respira el idioma de su ocupante: atriles, guitarras, teclados, parlantes, cajas atiborradas de partituras. Es el día después de la ceremonia en la Ciudad Cultural Konex. Para este inclasificable bandoneonista de 80 años, que sigue haciendo camino al andar, es otra jornada de ensayo. *“Yo nunca trabajé para los premios, sino para dar buenos ejemplos –explica–. Pero cuando uno pone el corazón en lo que ama, es como que los espera. Además, éste es un doble galardón: por el prestigio y responsabilidad de los integrantes del jurado y porque se elige entre varios”.*

La respuesta queda flotando en el viento. Y el reloj retrocede siete décadas. El lugar es Campo Santo, un poblado de calles de tierra a 50 kilómetros de la ciudad de Salta. En casa de los Saluzzi, cada sábado doña Juana –la madre de Dino, Celso y Félix (“Cuchara”)– prepara 300 empanadas para compartir con los vecinos. La solidaridad los hace millonarios. Papá Cayetano deposita en Dino un bandoneón Doble A a los siete años. Es quien estimula a los tres chicos a seguir el camino de la música. Los buenos ejemplos se transmiten de generación en generación.



–*¿Por qué un bandoneón, Dino?*

–Porque como instrumento es más práctico y barato que el piano. Además, en el NOA y el Litoral tiene una personalidad diferente que en Buenos Aires: sirve para todos los géneros. Y como parte de uno, representa los sueños, las frustraciones, la vida misma. Siempre fue mi apoyo para la expresión creadora. A veces creo que hay unas leyes ocultas que no permiten apropiarse de las cosas para usos bastardos, sino para la creación.

–*De su hogar viene el gusto por hacer las cosas en familia, que conserva hasta la actualidad: en su quinteto participan su hermano Félix, su hijo José María y su sobrino Matías.*

–Papá me enseñó a tocar. Cursé sólo hasta sexto grado: había que trabajar. A la zafra. Tres meses por año. Y después, a la molienda de caña. No nos sobraba nada. En ese ambiente familiar empezamos a amar la música. Eramos tres hermanos. Celso (*fallecido*) tenía un estilo muy diferente al mío, de una gran ternura; Félix (*el “Cuchara”*), me sigue acompañando. De nuestras distintas maneras de expresarnos entendí que lo más difícil es interpretar. Porque no es solamente aprender solfeo, sino sacar lo que está dentro de uno.

–*Para eso tuvo que irse de Campo Santo. Y después, de la Argentina, hace cuatro décadas. ¿Cómo se llevó con los exilios?*

–Ahora que soy un jovato, me hubiera gustado aprender lo que aprendí en mi pueblo. Me fui del país porque económicamente era imposible mantener a mi familia. Fue un acto de inconsciencia. Andaba de gira por Europa. El viaje terminaba y cada músico se iba para su casa. Claro que la mía estaba... a 15 mil kilómetros. Me bajé de la van que me transportaba al aeropuerto. Mis compañeros no entendían nada... Y me quedé allá. Con algún dinero que tenía, al tiempo pude llevar a mi esposa Norma y a mis hijos. Ahí empezó una vida distinta, no sé si decir de músico profesional, pero desde ese momento pude vivir de la mía.

LEJANA TIERRA MIA. Saluzzi cuenta que un mes después de establecerse en Europa fue convocado por la universidad de Kaiserslautern para componer y estrenar una obra sinfónica para bandoneón y orquesta. Desde entonces pudo dedicarse a la música sin apremios ni temores. Con el tiempo logró volver a la Argentina. En el mismo estudio donde

“Lo más duro del exilio fue saber que mi hijo José María tenía que ir a un colegio alemán sin saber una palabra del idioma. Hoy es guitarrista en mi quinteto”

actualmente pasa gran parte del día, recibe a un grupo de chicos sin recursos económicos para dictarles talleres y enseñarles los secretos de la música, sin cobrarles un peso.

–*Facundo Cabral solía mencionar que su madre decía: “Yo soy de donde comen mis hijos”. ¿Y usted?*

–Yo viví partido. Como ocurre hasta ahora, por más que trabaje mucho y vuelva siempre a la Argentina. Las cosas más queridas están en tu corazón y es imposible arrancarlas. Mi niñez fue entre la música y los cañaverales. Mi tío tocaba la guitarra, mi viejo el bandoneón... Y eso lo perdí. El exilio es duro. Pero, ¿quiere que le

diga qué fue lo más cruel? Cuando vivíamos en Alemania, mi hijo Josito se tuvo que sentar en el aula de un colegio sin hablar una sola palabra de ese idioma. Fue el acto más deshumanizado que sufrí.

–*¿Europa le abrió las puertas del éxito?*

–El éxito en el sentido convencional está muy pero muy lejos de mis intenciones. Mis logros son el placer de haber tocado con gente que ama la música –como Al Di Meola, Gato Barbieri o Charlie Haden–. Es estar con mi mujer, que me bancó en momentos duros. Haber conocido al gallego que me fiaba para que pudiera comer. Ver juntos a mi hermano, mi hijo y mi sobrino, excelentes músicos que logran decir quiénes son a través del arte, sin hacer ruido.

–*¿Se plantea objetivos dentro de la música?*

–No tengo otro propósito que hacer lo que hago. Estoy fuera del pecado de la fama, el poder o el éxito. Cuando hay intenciones de segundo orden, la música deja de ser un medio de comunicación espiritual. Por eso el arte sigue siendo un misterio. Trato de encontrar la belleza en las cosas simples. En esto está el secreto de la existencia.

–*¿Cómo se lleva con el aplauso?*

–El halago me entra por acá (*se señala un oído*) y me sale por acá (*apoya un dedo en el otro*). A veces bajaba de los conciertos y escuchaba “¡maestro! ¡maestro!”... y al llegar al camarín me olvidaba. Me gusta, sí, estar complacido de lo que hago. A veces escuchamos nuestros propios conciertos y decimos: “*Bueno... No estuvo tan mal*”. Este es un trabajo que se hace casi en soledad. Aunque ahora apareció el Konex y eso me recontra cargó las pilas.

–*Si alguien quiere encontrar sus discos, ¿en qué estante hay que buscarlos?*

–En la Argentina casi no se venden... (*risas*) Creo que en el momento en que las cosas empiezan a tener un lugar definido, como si fuera la alacena, se facilita la tarea de la búsqueda. Y eso atonta y adormece. La labor de encontrar la belleza no es del autor ni del compositor, sino de uno mismo. Por eso, si me preguntan qué tipo de música hago, contesto que es... música. Sin ninguna otra etiqueta. ■

